

León Trotsky



SOBRE LOS SINDICATOS

**EDITA: Partido Obrero
Socialista
Internacionalista**

P.O.S.I.

C/ Desengaño 12 1º 3
28004 MADRID
<http://www.posicuarta.org>
inforposi@gmail.com

 **POSI** Partido Obrero Socialista Internacionalista
Sección en España de la IV Internacional
LA EMANCIPACIÓN DE LOS TRABAJADORES SERÁ OBRA DE ELLOS MISMOS

Introducción

Presentamos en este folleto varios artículos de Trotsky sobre la cuestión sindical. Se trata de unos textos que, a nuestro juicio, conservan una gran actualidad.

En el momento actual, las burocracias sindicales hacen gala de su “autonomía”, para referirse a su supuesta separación de los Partidos de la Clase Obrera. Pero no es esa su característica principal. Al contrario, su característica principal es su integración cada vez mayor en el aparato del Estado Burgués, con unos presupuestos en los que a veces más del 50% de sus ingresos provienen de subvenciones del Estado, con una continua vinculación a los gobiernos a través de las “Mesas de Diálogo Social”, “Acuerdos de Convergencia”, etc.

En este momento las cúpulas sindicales se disponen a dar un nuevo paso, promoviendo la integración de sus organizaciones en la propia OMC.

Frente a este proceso existe siempre la corriente contraria, la de los trabajadores que buscan imponer a sus organizaciones la defensa de sus derechos y reivindicaciones.

La IV Internacional tiene una posición clara respecto a los sindicatos. Los trotskistas militamos dentro de los sindicatos, desde una posición de pleno respeto por la democracia sindical, en un combate porque los trabajadores reconquistemos los sindicatos.

Todos estos problemas están reflejados en los 4 textos de Trotsky que editamos en este folleto

comunismo y sindicalismo

1) La cuestión sindical es una de las más importantes que tiene planteadas el movimiento obrero, y, por consiguiente, también la oposición. Si no adopta una postura precisa sobre esta cuestión, la oposición será incapaz de ganar algún día una influencia real en la clase obrera. Por esta razón, me parece

9. Manuilsky, Dimitri Z.. Otro de los dirigentes de la Internacional Comunista bajo Stalin

10. Zyromsky. Socialdemócrata de izquierda

¹¹ Internacional Comunista o III Internacional

12. Durante el año 1926 una poderosa huelga general sacudió Gran Bretaña.. La dirección del PC de la Unión Soviética y la Internacional Comunista constituyeron un “Comité Anglo-Ruso” con los dirigentes de las Trade Unions. Esta alianza permitió a los burócratas sindicales ingleses inmovilizar a los comunistas ingleses y traicionar el movimiento huelguístico

13. Durante el llamado “tercer periodo “ de la Internacional Comunista ésta caracterizó a los partidos socialdemócratas como “socialfascistas”; se les consideró como el principal enemigo y se prohibió a los comunistas toda alianza con ellos. Ello facilitó el camino de Hitler al poder

¹⁴ Profintern. Internacional Sindical Roja. Organismo constituido para agrupar a los Sindicatos que adherían a la Internacional Comunista. La CNT fue miembro de la misma y A. Nin su secretario general

15. ILP: Independent Labour Party. Partido socialdemócrata de izquierda, que en algunos momentos se orientó hacia posiciones revolucionarias. En su última etapa estuvo vinculado al POUM español

16. Walter Citrine fue secretario General de las Trade Unions desde 1926 a 1946. Fue nombrado Sir por sus servicios al capitalismo británico

17. Mosley fue el dirigente del partido fascista inglés

18. L. Kornilov intentó un golpe de estado pocos meses antes de la revolución de Octubre. Fue frenado por los obreros y soldados rusos. Su tentativa precipitó la conquista de la mayoría de los soviets por los bolcheviques

19. Bonapartismo: régimen de dictadura político-militar basado en el poder de un individuo o grupo, sobre la base de un equilibrio de fuerzas en la lucha de clases

20. C.I.O.: Conference of Industrial Organizations. Grupo de sindicatos organizados como alternativa a la burocracia pro-capitalista del sindicato “oficial” AFL (American Federation of Labour). Finalmente se unificaron en la actual AFL-CIO

organizaciones en cuyo seno se enfrentan más o menos libremente distintas tendencias, dentro de una organización de masas. Del mismo modo que es imposible volver al viejo Estado democrático burgués, es imposible volver a la vieja democracia obrera.

El destino de uno refleja la suerte de la otra. No cabe duda que la independencia de los sindicatos, en un sentido de clase, en relación con el Estado burgués, sólo puede quedar asegurada, en las circunstancias actuales, por una dirección completamente revolucionaria, que es la dirección de la IV Internacional. Esta dirección, por supuesto, puede y debe ser racional y garantizarles a los sindicatos el máximo de democracia concebible en las condiciones concretas actuales. Pero sin la dirección política de la IV Internacional la independencia de los sindicatos es imposible.

Agosto de 1940

1. Monnate, F. Dirigente del ala izquierda de la CGT durante la I Guerra Mundial, adhirió luego al PC francés, del que fue expulsado. Organizó un agrupamiento político denominado "Liga Sindicalista"

2. Marcel Cachin fue durante años dirigente del Partido Comunista Francés

3. Gastón Monmousseau . Burócrata sindical vinculado al PCF durante años, luego colaborador de la dirección de la CGT francesa

4. León Jouhaux fue durante años el secretario General de la CGT de Francia

5. CGTU (Confederación General del Trabajo Unificada). Sindicato constituido por los militantes del PC Francés

6. Dumoulin, P. Burócrata Sindical, dirigente de la CGT

7. Semard, Pierre. Dirigente del PCF, colocado por éste en la dirección de la CGTU

8. Lozovsky, Alexander.. Dirigente estalinista del PCUS, nombrado por Stalin para la dirección de la Internacional Comunista

necesario someter aquí a la discusión una serie de consideraciones sobre la cuestión de los sindicatos.

El partido comunista es el arma principal de la acción revolucionaria del proletariado, es la organización de combate de su vanguardia, que debe erigirse en guía de la clase obrera en todos sus combates y, por tanto, también en el movimiento sindical.

2) Quienes por razones de principio oponen la autonomía de los sindicatos al papel decisivo del partido, oponen, quieran o no, los sectores más atrasados del proletariado a la vanguardia de la clase obrera, oponen el combate por las reivindicaciones inmediatas a la lucha por la liberación total de los trabajadores, oponen el reformismo al comunismo, el oportunismo al marxismo revolucionario.

3) El sindicalismo francés de vanguardia combatía, en su época de desarrollo, por su independencia, luchando por la autonomía sindical frente al gobierno burgués y a sus partidos, entre los que hay que incluir a los socialistas reformistas y parlamentarios. Era un combate contra el oportunismo, por una alternativa revolucionaria. En consonancia con ellos, el sindicalismo revolucionario no fetichizaba la autonomía de las organizaciones de masa. Al contrario, comprendía y defendía el papel dirigente de la minoría revolucionaria en las organizaciones de masa, que reflejan en su seno al conjunto de la clase obrera, con todas sus contradicciones, sus atrasos y debilidades.

4) En el fondo, la teoría de la minoría activa era una teoría inacabada del partido proletario. En su práctica, el sindicalismo revolucionario era un embrión de partido revolucionario; y en su lucha contra el oportunismo, el sindicalismo revolucionario era un admirable esbozo de comunismo revolucionario.

5) Las debilidades del anarcosindicalismo, incluso en su período clásico, consistían en la ausencia de una base teórica correcta, y por consiguiente en una incomprensión de la naturaleza del Estado y de su papel en la lucha de clases. Otra de sus debilidades era esa concepción inacabada, insuficientemente desarrollada y por tanto falsa, de la minoría revolucionaria, es decir, del partido. De ahí sus errores tácticos, como la fetichización de la huelga general, incomprensión de la relación necesaria entre la insurrección y la conquista del poder.

6) Después de la guerra, el sindicalismo francés encontró en el comunismo su negación, su superación y su culminación al mismo tiempo; intentar resucitar hoy al sindicalismo revolucionario sería volver la espalda a la historia. Para el movimiento obrero, este intento sólo podría tener un significado reaccionario.

7) Los epígonos del sindicalismo convierten (de palabra) la independencia de la organización sindical con respecto a la burguesía en una independencia en general, en una independencia absoluta con respecto a todos los partidos, inclusive el partido comunista.

Si en su período de expansión el sindicalismo se consideraba a sí mismo como una vanguardia y luchaba por el reconocimiento del papel dirigente de minoría de vanguardia entre las masas atrasadas, los epígonos del sindicalismo luchan hoy contra estos mismos temas, que son los que defiende la vanguardia comunista, e intentan en vano basarse en carácter retardatario y en los prejuicios de los sectores más reaccionarios de la clase obrera.

8) La independencia con respecto a la burguesía no puede ser un estado pasivo. Esta independencia sólo puede manifestarse en actos políticos, es decir, en la lucha contra la burguesía. Este combate debe estar presidido por un programa particular, cuya

La gestión del ferrocarril y de los yacimientos petrolíferos bajo el control de las organizaciones obreras no tiene nada que ver con el control obrero sobre la industria, pues en definitiva la gestión está en manos de la burocracia obrera, que es perfectamente independiente con respecto a los trabajadores, pero que en cambio depende enteramente del estado burgués. Esta medida adoptada por la clase dominante tiene por objeto domesticar a la clase obrera, hacerle trabajar más al servicio de los “intereses comunes” del Estado, que parecen confundirse con los intereses propios de la clase obrera. En realidad, la burguesía se ha propuesto liquidar los sindicatos como órganos de la lucha de clases, sustituirlos por la burocracia sindical, como órgano de dirección de los obreros por parte del Estado burgués. En estas condiciones, la tarea de la vanguardia revolucionaria consiste en dirigir la lucha por la completa independencia de los sindicatos, por la instauración de un verdadero control obrero sobre la burocracia sindical presente, que se ha transformado en administración de ferrocarriles, de empresas de petróleo, etc.

Los acontecimientos del último período anterior a la guerra han demostrado, con una claridad particular, que el anarquismo, que desde el punto de vista teórico ha sido siempre un liberalismo llevado al extremo, era en la práctica una propaganda pacifista en el marco de la República democrática que quiere proteger. Si hacemos abstracción de los actos terroristas individuales; etc, el anarquismo, como sistema de movilización de masas y de acción política, no es más que material de propaganda bajo la protección pacífica de la Legalidad. En los momentos de crisis, los anarquistas hacen a menudo todo lo contrario de lo que pregonan en tiempos de paz: Este hecho ya fue señalado por el propio Marx, al tratar el tema de la Comuna de París.

Y se repitió a mayor escala en la revolución española.

Ya no pueden existir por mucho tiempo sindicatos democráticos en el antiguo sentido de la palabra, es decir,

Sus dirigentes se convirtieron en ministros burgueses conservadores. El hecho de que esta transformación tuviera lugar durante la guerra civil no merma su importancia. La guerra es la continuación de la política. Favorece la evolución, descubre sus rasgos fundamentales, destruye todo lo que está podrido o es falso y mantiene solamente lo esencial. El deslizamiento de los sindicatos a la derecha se debía a la exacerbación de las contradicciones sociales e internacionales. Los líderes del movimiento sindical notaban, compendian, o se esperaba que comprendieran, que no era este el momento de jugar al juego de la oposición. Cualquier gesto de oposición en el seno del movimiento sindical, y particularmente en su cúspide, amenaza con provocar una formidable movilización de masas, creando dificultades al imperialismo nacional. Ello comporta el desplazamiento de los sindicatos hacia la derecha y la supresión de la democracia obrera en los sindicatos. La característica fundamental, la evolución hacia el régimen totalitario, condiciona al movimiento obrero de todo el mundo. Deberíamos . mencionar también a Holanda, donde además del apoyo que recibió el capitalismo imperialista del movimiento sindical reformista, la llamada organización anarcosindicalista misma estaba bajo el control del Gobierno imperialista. El secretario de la organización, Sneevliet, pese a sus simpatías platónicas por la IV Internacional, estaba interesado ante todo, como diputado en el Parlamento holandés, en evitar que las iras del Gobierno se abatieran sobre su organización sindical.

En los Estados Unidos, el ministro de Trabajo, con su burocracia “izquierdista”, se ha propuesto la tarea de someter el movimiento sindical al Estado democrático, y hay que decir que hasta el momento ta tarea la está cumpliendo con cierto éxito.

La nacionalización del ferrocarril y de los yacimientos petrolíferos en México no tiene nada que ver, evidentemente, con el socialismo. Es una medida de capitalismo de Estado en un país atrasado, se trata de defenderse de esta manera, por un lado contra el imperialismo extranjero, por otro contra su propio proletariado.

aplicación exige una organización y una táctica apropiadas. Es esta fusión del programa, la organización y la táctica lo que constituye el partido. En este sentido, la independencia real del proletariado respecto al poder burgués no es factible si el proletariado no se coloca en su lucha bajo la dirección de un partido revolucionario, y no oportunista.

9) Los epígonos del sindicalismo piensan que los sindicatos se bastan por sí mismos. Desde el punto vista teórico, esto no significa nada. Pero en la práctica, esto significa la disolución de la vanguardia revolucionaria en la masa atrasada que representan los sindicatos. Cuanto más amplios sean los sectores de masas que agrupan los sindicatos, tanto más capaces serán éstos de cumplir con su cometido. En cambio, un partido proletario sólo merece este apelativo si es ideológicamente homogéneo, si está aglutinado por la unidad de acción y de organización. Pretender que los sindicatos son autosuficientes, aduciendo que el proletariado ya es mayor de edad, es embellecer al proletariado, es hacer de él lo que no es y no puede ser bajo el capitalismo, que condena a las masas trabajadoras a la ignorancia y hace que sólo la vanguardia del proletariado pueda superar estas dificultades para acceder a una clara comprensión de las tareas del conjunto de la clase.

10) La autonomía real, concreta y no metafísica de los sindicatos no está en contradicción ni se ve disminuida por la lucha del partido comunista por extender su influencia. Todo obrero afiliado tiene el derecho de votar según le dicte su conciencia, de elegir a quien mejor le parezca. Los comunistas también tienen este derecho, como todos los demás. La conquista de la mayoría por los comunistas en los órganos de dirección cuadra perfectamente con los principios de la autonomía, es decir, de la auto-administración de los sindicatos. Por otro lado, ningún estatuto sindical puede prohibir al partido que elija al secretario general de la Confederación para su comité central. En

este caso nos encontramos en el marco estricto de la autonomía del partido.

11) En los sindicatos, los comunistas, por supuesto, se someten a la disciplina del partido, cualquiera que sea el puesto que ocupen; ello no excluye sino que presupone el respeto de la disciplina sindical. En otras palabras, el partido no les impone ninguna conducta que se oponga frontalmente al estado de ánimo o a las opiniones de la mayoría de afiliados. En algunos casos muy excepcionales, cuando el partido considere inadmisibles que sus miembros se sometan a una decisión reaccionaria del sindicato, indica a sus miembros las consecuencias que de ello se derivan: la destitución de los cargos sindicales, la expulsión, etc. En esta materia las fórmulas jurídicas no sirven absolutamente nada. (Y, en definitiva, la autonomía no es más que una fórmula jurídica...) Hay que plantear el fondo del problema, es decir, la línea política que sigue el sindicato. Se trata de oponer una política correcta a una política equivocada.

12) En un país determinado, y según el estadio de desarrollo alcanzado, los estilos, los métodos y las formas con que se materializa el carácter dirigente del partido pueden variar considerablemente, en función de las circunstancias globales. En los países capitalistas, donde el partido no dispone de ningún instrumento de coerción, es evidente que el partido comunista sólo puede imprimir una dirección a los sindicatos a través de los comunistas que trabajan en los sindicatos, ya sea en la base, ya como funcionarios. El número de comunistas en los cargos de dirección de los sindicatos no es más que un índice de la influencia del partido en estos sindicatos. Más importante es la proporción estimada de militantes comunistas en relación con las masas afiliadas. Pero el criterio principal es la influencia general del partido en la clase obrera, que se refleja en la venta de la prensa del partido, en la afluencia a los mítines organizados por el partido, en el número de votos obtenidos en las elecciones, y,

ley se observa en las más diversas esferas de desarrollo de los países coloniales y semicoloniales, inclusive en la esfera del movimiento sindical. El capital imperialista opera en este terreno en su forma más cínica y abierta. Traslada a un terreno virgen los métodos más perfeccionados de su dominación tiránica.

Durante el último periodo se ha podido observar en todo el movimiento sindical mundial, un desplazamiento a la derecha y la supresión de la democracia interna. En Inglaterra ha sido liquidada la corriente minoritaria dentro de los sindicatos (no sin la intervención de Moscú), los líderes sindicales son actualmente, en particular en lo que respecta a la política exterior, agentes sometidos al partido conservador.

En Francia no quedaba espacio para sindicatos estalinistas independientes. Se unieron a los llamados anarco-sindicalistas bajo la dirección de Jouhaux, comportando esta unificación un desplazamiento general del movimiento sindical a la derecha, no hacia la izquierda.

La dirección de la C.G.T. es la agencia más directa más abierta del capitalismo imperialista francés. En los Estados Unidos, el movimiento sindical ha conocido un periodo muy movido en estos últimos años. El desarrollo de la C.I.O.²⁰ ha revelado claramente las tendencias revolucionarias que se manifiestan entre las masas trabajadoras. Sin embargo, hay que resaltar el hecho altamente significativo que la nueva organización sindical izquierdista, apenas fundada, cayó bajo la férula del Estado imperialista. La lucha entre los dirigentes de la antigua, federación y los de la nueva se reduce, en gran medida, una lucha por la amistad y el apoyo de Roosevelt y de su Gobierno.

No es menos significativo, aunque sea de signo contrario, el desarrollo, o la degeneración, de los sindicatos españoles. En los sindicatos socialistas se puso fuera de combate a todos los dirigentes que representaban en cierto modo la independencia del movimiento sindical. Y en cuanto a los sindicatos anarcosindicalistas, se transformaron en instrumentos de la burguesía republicana.

pendientes de las migajas que caen de la mesa, que se conviertan en su *policía política* a los ojos de la clase obrera.

Si esto no se hace realidad, la burocracia obrera será suprimida y sustituida por los fascistas. En este caso, todos los esfuerzos de la aristocracia obrera por servir al imperialismo no podrán salvarla de la destrucción por mucho tiempo.

La agudización de las contradicciones de clase en todos los países y de los antagonismos entre las naciones produce una situación en la que el capitalismo imperialista sólo puede tolerar (en un momento dado) a una burocracia reformista, si ésta actúa directamente como accionista, pequeño pero activo, en sus empresas imperialistas, en sus proyectos y programas, tanto en cada país como a escala mundial. El *social-reformismo* ha de convertirse en *social-imperialismo*, con el único objetivo de prolongar su existencia y nada más. Pues la primera vía no tiene en general salida alguna.

¿Significa esto que en la Época imperialista es imposible, en general, que existan sindicatos independientes? Sería profundamente incorrecto plantear la pregunta de esta forma.

Son imposibles los sindicatos *reformistas* independientes o semiindependientes. Son posibles los sindicatos *revolucionarios*, que no sólo no sean un instrumento de la policía imperialista, sino que se den la tarea de derrocar directamente el sistema capitalista.

En la época de la decadencia del imperialismo, los sindicatos sólo pueden ser realmente independientes en la medida en que asuman, conscientemente y en la acción, el papel de órganos de la revolución proletaria. En este sentido el programa transitorio de la IV Internacional no sólo es el programa del partido, sino también en sus líneas maestras, el programa de la actividad sindical.

El desarrollo de los países atrasados presenta un carácter combinado. En otras palabras, el último grito de la tecnología, de la economía y de la política imperialista se combina en estos países con la situación de atraso y las tradiciones primitivas. Esta

sobre todo, en el número de trabajadores y trabajadoras que responden a los llamamientos de lucha lanzados por el partido.

13) Está claro que a medida que crece la influencia del partido, en general, es decir, también en los sindicatos, la situación va convirtiéndose en revolucionaria.

Es en estas condiciones en las que puede apreciarse el grado y la forma de autonomía real, verdadera y no metafísica, de los sindicatos. En los períodos de “paz social”, cuando las formas más combativas de acción sindical se reducen a huelgas con objetivos económicos, la intervención del partido pasa a un segundo plano, dentro de los sindicatos. Por lo general, el partido no tiene por qué tomar posición sobre la dirección de una huelga aislada. Ha de ayudar al sindicato a pronunciarse sobre la oportunidad de la huelga, mediante la información política y económica que puede aportar, y dando su opinión. Ayuda a la huelga desarrollando al mismo tiempo la agitación política, etcétera. Pero en la huelga misma, la cabeza visible es evidentemente el sindicato.

La situación cambia radicalmente cuando el movimiento asciende hasta la huelga general, o todavía más arriba, hasta la lucha por el poder. En estas condiciones, el papel dirigente del partido ha de ser, visible e inmediato. Los sindicatos -salvo los que se han pasado al otro lado de la barricada, por supuesto-se convierten de hecho en el aparato organizativo del partido, que asume, a la vista de toda la clase obrera, la dirección de la revolución, y que carga con la plena responsabilidad de la movilización. En el espacio que separa estos dos extremos, la huelga económica parcial y la insurrección de la clase revolucionaria, caben todas las formas posibles de relaciones recíprocas entre el partido y los sindicatos, todos los niveles posibles de dirección sin eslabones intermedios, etc.

Pero en todos los casos el partido trata de conquistar la dirección del movimiento, apoyándose en la autonomía real de los sindicatos, que desde el punto de vista organizativo no están

sometidos, evidentemente, al yugo del partido.

14) Los hechos demuestran con claridad meridiana que en ninguna parte existen sindicatos independientes de toda formación política. Y jamás existirán; lo dice la experiencia y la teoría. En los Estados Unidos, los sindicatos están directamente vinculados, a través de sus aparatos, a los estados mayores patronales y a los partidos burgueses. En Inglaterra, los sindicatos, que antaño apoyaban a los liberales, constituyen hoy en día la base del *Labour Party*. En Alemania, los sindicatos actúan bajo a bandera de la socialdemocracia. En la república soviética, los sindicatos son de los bolcheviques. En Francia, una de las organizaciones sindicales sigue a los socialistas, la otra a los comunistas. En Finlandia, los sindicatos acaban de dividirse; unos se unen a la socialdemocracia, otros al comunismo. En todas partes sucede lo mismo. Los teóricos de la “independencia” del movimiento sindical no se han tomado la molestia de reflexionar por qué su consigna no se ha materializado nunca en parte alguna, y por qué, en cambio, la dependencia del sindicato con respecto a los partidos es en todas partes, sin excepción, la pura evidencia. Esto va en consonancia, por supuesto, con el carácter del período actual, dominado por el imperialismo; imperialismo que determina todas las relaciones de clase y que penetra incluso en las filas del proletariado, acentuando las contradicciones entre la aristocracia obrera y las capas más explotadas.

15) El representante más característico de este sindicalismo anticuado es en estos momentos la llamada “*Liga Sindicalista*”. Esta Liga Sindicalista se asemeja con todos sus rasgos a una organización política que trata de situar el movimiento sindical bajo su influencia. De hecho, la Liga recluta, no sobre una base sindical, sino con criterios de organización política. La Liga tiene su propia plataforma

social, una situación inferior a la que corresponde al desarrollo de la industria. En la medida que el capital extranjero no importe trabajadores, sino que proletarice a la población indígena, proletariado nacional pasa a desempeñar rápidamente el papel más importante en la vida del país. En estas condiciones, el gobierno nacional, en la medida en que trata de resistir al capital extranjero, se ve obligado a apoyarse más o menos en el proletariado. En cambio, los gobiernos de esos países, que consideran inevitable y más provechoso para ellos ir mano a mano con el capital foráneo, destruyen las organizaciones obreras e instauran un régimen más o menos totalitario. De este modo, la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de tradiciones del gobierno interior, el desarrollo más o rápido del proletariado, destruyen los cimientos de todo régimen democrático estable. Los gobiernos de los países atrasados es decir coloniales y semicoloniales, toman un carácter bonapartista o semibonapartista, y se distinguen entre sí por el hecho de que unos tratan de orientarse en una dirección democrática, de apoyarse en los obreros y campesinos, mientras que otros instauran una forma de dictadura militar y policiaca. Esto determina también la posición de los sindicatos. O bien están apadrinados por el Estado, o bien están sometidos a una cruel persecución. Esta tutela del Estado viene dada por dos objetivos: en primer lugar, acercarse a la clase trabajadora entera para ganar así su apoyo y resistir a las pretensiones excesivas del imperialismo; en segundo lugar, disciplinar a los trabajadores, sometiéndoles a un control burocrático.

El capitalismo monopolista y los sindicatos

El capitalismo monopolista está cada vez menos dispuesto a aceptar la independencia de los sindicatos. Exige a la burocracia reformista y a la aristocracia obrera,

pueden ser simples órganos de la democracia como lo fueron en la época del capitalismo de libre competencia, y no pueden seguir siendo políticamente neutrales por mucho tiempo, es decir, limitarse a la defensa de los intereses cotidianos de la clase obrera. No pueden seguir siendo anarquistas por mucho tiempo, es decir, ignorar la influencia decisiva del Estado en la vida de los pueblos y de las clases.

No pueden seguir siendo reformistas por mucho tiempo, porque las condiciones objetivas no permiten más reformas serias y duraderas. Los sindicatos de nuestra época pueden servir, ya sea como instrumentos auxiliares del capitalismo imperialista para subordinar y disciplinar a los trabajadores e impulsar la revolución, ya sea, por el contrario, como instrumentos del movimiento revolucionario del proletariado.

La neutralidad de los sindicatos pertenece completa e irremediablemente al pasado, murió junto con la “libre democracia” burguesa.

De todo lo dicho se deduce claramente que a pesar de la continua degeneración de los sindicatos y de su integración progresiva en el Estado imperialista, la intervención en el seno de los sindicatos no sólo no ha perdido un ápice de su importancia, sino que debe proseguirse igual que antes, y en cierta medida se convierte incluso en un trabajo revolucionario. El objetivo de este trabajo sigue siendo fundamentalmente la lucha por ganar influencia en la clase obrera. Toda organización, todo partido, toda fracción que se permita una posición ultimista en relación con los sindicatos, es decir, que de vuelve la espalda a la clase obrera, por el hecho de que sus organizaciones no son de su agrado, está condenado a morir. Y hay que decir que merece su destino.

En la medida en que el papel principal en los países atrasados no corresponda al capitalismo extranjero, la burguesía nacional ocupa, en lo que respecta a su posición

política, si es que no tiene hasta un programa, y defiende sus posiciones en sus publicaciones. Tiene su propia disciplina en el interior del sindicato. En los congresos confederales sus partidarios actúan a modo de fracción política, exactamente de la misma manera que la fracción comunista. Si queremos hablar sin rodeos, hay que decir que la Liga Sindicalista no es más que un combate por liberar a ambas confederaciones de las direcciones socialdemócrata y comunista, y por unir las bajo la dirección del grupo de Monatte¹.

La Liga no interviene abiertamente en nombre del derecho y de la necesidad, para una minoría avanzada, de luchar por extender su influencia entre las masas más atrasadas; aparece disfrazada con lo que llama la “independencia sindical”. En este aspecto, la Liga se asemeja al Partido Socialista, que también reina bajo el disfraz y se cubre de frases sobre la “independencia del movimiento sindical”. El partido comunista, en cambio, dice abiertamente a la clase obrera: “éste es mi programa, ésta es la táctica que planteo, ésta es la política que propongo a los sindicatos”. El proletariado no debe creerse nada a ciegas. Debe juzgar a cada partido y a cada organización a la luz de su práctica. Pero los trabajadores deben desconfiar infinitamente de quienes aspiran a la dirección operando de incógnito, bajo un disfraz que quiere hacer creer al proletariado que no tiene necesidad de una dirección.

16) No se le puede negar a un partido el derecho de luchar por colocar a un sindicato bajo su influencia. Pero hay que preguntar: ¿en nombre de qué programa lucha esta organización? ¿Y qué táctica emplea? Desde este punto de vista, la Liga Sindicalista no da garantías suficientes. Su programa es extremadamente amorfo, del mismo modo que su táctica. Al analizar la situación política se limita a juzgar los acontecimientos uno detrás de otro. Aún reconociendo la necesidad de la revolución proletaria, e incluso la necesidad

de la dictadura del proletariado, la Liga Sindicalista rechaza el Partido y lucha contra toda dirección comunista. Se puede hablar mucho de revolución proletaria, por supuesto, pero sin una dirección comunista se corre el riesgo de hablar mucho y no hacer nada.

17) La ideología de la independencia sindical no tiene nada que ver con la conciencia de clase del proletariado. Si el partido es capaz de desempeñar su papel dirigente, de tener una política correcta, clara y firme en los sindicatos, a ningún trabajador se le ocurrirá criticar la teoría del papel dirigente del partido. Esto lo ha demostrado la experiencia de los bolcheviques. Y también es aplicable en Francia, donde los comunistas obtuvieron 1.200.000 votos en las elecciones, mientras que la C. G. T. U. (que agrupa a los sindicatos rojos) sólo engloba a un tercio o una cuarta parte de este número. Salta a la vista que la consigna abstracta de la “independencia” no puede proceder en absoluto de las masas. Sólo trata de aumentar su peso en la burocracia del partido y de sustraerse al control de la vanguardia del proletariado. La consigna de la independencia es, en su misma raíz, una consigna burocrática, no una consigna de clase.

18) Después de fetichizar la independencia, la Liga Sindicalista ha fetichizado también la unidad sindical. Ni que decir tiene que la unidad sindical presenta ventajas considerables, tanto desde el punto de vista de las tareas cotidianas del proletariado como desde la perspectiva del partido y su lucha por extender su influencia entre las masas. Pero los hechos demuestran que tras los primeros avances de los revolucionarios en los sindicatos, los oportunistas emprendieron deliberadamente la vía de la escisión. Prefieren mantener relaciones pacíficas con la burguesía que preservar la unidad del proletariado. Es la conclusión evidente de todas las experiencias de postguerra. Nosotros, los comunistas,

difícil luchar por influenciar a la masa obrera en un Estado totalitario y semitotalitario que en una democracia; lo mismo sucede en los sindicatos, cuyo rumbo refleja la evolución de los Estados capitalistas. Pero no podemos renunciar a actuar sobre los obreros en Alemania por el sólo hecho de que el régimen totalitario hace que este trabajo sea extremadamente difícil. Por la misma razón no podemos renunciar a la lucha en las organizaciones laborales de afiliación forzosa creadas por el fascismo. Y menos todavía Podemos renunciar a un trabajo sistemático en el seno de sindicatos de tipo totalitario o semitotalitario, simplemente porque dependen directa o indirectamente del Estado obrero o porque la burocracia haya privado a los revolucionarios de la posibilidad de intervenir libremente en los sindicatos. Es necesario proseguir la lucha en todas estas circunstancias concretas, creadas por la evolución precedente, que incluye los errores de la clase obrera y los crímenes de sus jefes. En los países fascistas y semifascistas es imposible ejecutar un trabajo revolucionario que no sea clandestino, ilegal y conspirativo. En los sindicatos totalitarios es imposible desarrollar una actividad que no sea oculta. Es necesario que nosotros mismos nos adaptemos a las condiciones concretas que existen en los sindicatos de cada país, para movilizar a las masas. no sólo contra la burguesía, sino también contra el régimen totalitario que reina en los propios sindicatos y contra los dirigentes que mantienen ese régimen. La primera consigna de esta lucha es: *independencia total e incondicional de los sindicatos con respecto al Estado capitalista*. Esto significa: lucha por transformar los sindicatos en organizaciones de las masas explotadas y no en órganos de una aristocracia obrera.

La segunda consigna es: *democracia en los Sindicatos*. Esta segunda consigna se deriva directamente de la primera, y su realización presupone la completa libertad de los sindicatos del Estado imperialista o colonial.

En otras palabras, en la época actual los sindicatos no

países coloniales y semicoloniales una aristocracia y burocracia obrera, ésta implora el apoyo de los gobiernos coloniales y semicoloniales, como protectores y tutores suyos, a veces como árbitros. Esto constituye la base social más importante del carácter bonapartista¹⁹ y semibonapartista de los gobiernos en las colonias y en general en los países “atrasados”. Constituye también la base de la dependencia de los sindicatos con respecto al Estado.

En México, los sindicatos han sido transformados por ley en instituciones semioficiales y han adoptado, por consiguiente, un carácter semitotalitario. En opinión de los legisladores, la institucionalización de los sindicatos va en interés de los trabajadores, pues les asegura una influencia en la vida política y económica. Pero en la medida en que el capital extranjero domina sobre el Estado nacional y en la medida en que tiene la posibilidad de derribar la democracia inestable y de sustituirla inmediatamente por una dictadura fascista abierta en esta medida la legislación en materia sindical puede convertirse fácilmente en un arma en manos de la dictadura imperialista.

Por la independencia de los sindicatos

De todo ello parece derivarse, a primera vista, la conclusión de que los sindicatos renuncian a ser sindicatos en la época imperialista. Casi ya no hay sitio para la democracia obrera, que en los viejos tiempos, cuando dominaba el libre cambio en la economía, era inherente a la vida interna de las organizaciones obreras. Sin democracia obrera no puede lucharse libremente por ganar influencia entre los miembros del sindicato. En consecuencia, desaparece el terreno principal de la actividad revolucionaria en el seno de los sindicatos. Sin embargo, una postura de este tipo sería profundamente errónea. Nosotros no podemos escoger el terreno o las condiciones de nuestra actividad en función de nuestros gustos y aversiones. Es infinitamente mucho más

queremos demostrar a los trabajadores que la responsabilidad de las escisiones sindicales incumbe a los socialdemócratas. Pero de ello no se deduce que la fórmula vacía de la unidad sea más importante para nosotros que las tareas revolucionarias de la clase obrera.

19) Ocho años han transcurrido desde la escisión sindical en Francia. Durante este período, las dos organizaciones se han vinculado definitivamente a unos partidos políticos que se combaten a muerte.

En estas condiciones, imaginar que puede lograrse la unidad sindical tan sólo con predicarla, es inculcar ilusiones. Declarar que sin unificación previa de las dos organizaciones sindicales no es posible ningún combate de envergadura de la clase, sin hablar ya de la revolución, significa atar el porvenir de la revolución al carro de la camarilla corrompida de los reformistas sindicales: En realidad, el porvenir de la revolución no depende de la fusión de los aparatos sindicales, sino del reagrupamiento de la clase obrera tras consignas y , con formas de lucha revolucionarias. En estos momentos, la unidad de la clase obrera pasa por el combate contra los que pregonan la colaboración de clases, y éstos no sólo se agrupan en los partidos políticos, sino también en los sindicatos.

20) La auténtica vía hacia la unidad proletaria pasa por el desarrollo, la reorientación, el crecimiento y la consolidación de la C. G. T. U. revolucionaria, y por el debilitamiento de la C. G. T. reformista. Cuando llegue la hora de la revolución, nada excluye que el proletariado francés entre en lucha con sus dos confederaciones; es más, esto incluso es probable. Detrás de una estarán las masas, detrás de la otra, la aristocracia obrera y la burocracia.

21) La nueva oposición sindical no puede seguir,

evidentemente, la vía del sindicalismo. Rompería con el partido, no con esta u otra dirección, sino con el partido como principio teórico. Esto no significaría en realidad otra cosa que el desarme ideológico por parte de la oposición sindical, el retorno a las viejas concepciones del sindicalismo corporativo.

22) La oposición sindical es muy heterogénea. Pero se la puede caracterizar con algunos rasgos comunes, que no la aproximan en absoluto a la oposición de los comunistas de izquierda, sino al contrario, la alejan de ella.

La oposición sindical no combate la precipitación en las luchas, los métodos erróneos de la dirección comunista, sino pura y simplemente el principio de la influencia del comunismo sobre la clase obrera.

La oposición sindical no combate la caracterización ultraizquierdista de la situación, ni el programa de acciones que se deriva de este análisis, sino que en realidad combate todo desarrollo revolucionario.

La oposición sindical no combate los métodos caricaturescos empleados por las direcciones comunistas en su lucha contra el ejército, sino que pregona el pacifismo. En otras palabras, la oposición sindical se desarrolla en un sentido reformista.

23) Es totalmente falso pretender que durante estos últimos años no se ha constituido en Francia, como ha sucedido en Alemania, Checoslovaquia y otros países, un ala derecha en el interior de las filas revolucionarias. Lo que hay que decir es que al renunciar a la política revolucionaria del comunismo, la oposición de derecha en Francia, de acuerdo con las tradiciones del movimiento obrero francés, reviste una forma sindical, tratando de ocultar así su carácter político. En el fondo, la mayoría de la oposición sindical representa a la derecha, igual que el grupo Brandler en Alemania, que los

centralización del mando. Las camarillas capitalistas, al frente de poderosos *trusts*, de los sindicatos patronales, de los consorcios bancarios, etc., controlan la vida económica desde la misma altura que el poder estatal, y en todo momento cuentan con la colaboración de Éste. A su vez, los sindicatos, en los ramos industriales más importantes, no tienen la posibilidad de beneficiarse de la competencia entre las diversas empresas. Se enfrentan a un enemigo capitalista centralizado, íntimamente unido al poder. De ahí que los sindicatos -en la medida en que se mantengan en posiciones reformistas, es decir, en posiciones basadas en la aceptación de la propiedad privada-tengan que adaptarse al Estado capitalista y lograr la cooperación con él. En opinión de la burocracia del movimiento sindical, la misión fundamental estriba en liberar al Estado del yugo capitalista, en debilitar su dependencia con respecto a los *trusts* y en atraerlo a su bando. Esta posición está en plena consonancia con la posición social de la aristocracia y de la burocracia obrera, que luchan por obtener algunas migajas en el reparto de los sobrebeneficios del capitalismo imperialista.

En sus discursos, los burócratas obreros se deshacen por demostrar al Estado “democrático” cuan útiles y necesarios son en tiempos de paz y muy especialmente en tiempos de guerra. Al transformar los sindicatos en organismos del Estado, el fascismo no inventa nada nuevo, no hace más que llevar hasta sus últimas consecuencias las tendencias inherentes al imperialismo.

Los países coloniales y semicoloniales no están dominados por un capitalismo autóctono, sino por el imperialismo extranjero. Pero esto no quita, sino que refuerza todavía más la necesidad de establecer lazos cotidianos y prácticos entre los magnates del capitalismo y los gobiernos que de hecho dependen de ellos -los gobiernos coloniales y semicoloniales.

Puesto que el capitalismo imperialista crea en los

Citrine y compañía ahora- habían jurado efectivamente ante sus grandes dioses que jamás se aliarían con ninguna dictadura, fuera de derechas o de izquierdas. .

El partido revolucionario proletario debe forjarse la clara comprensión de sus tareas históricas. Ello exige un programa basado en el análisis científico. Al mismo tiempo, el partido revolucionario debe saber establecer relaciones correctas con la clase. Esto implica una política basada en el realismo revolucionario, que está tan alejado de la indecisión oportunista como del sueño sectario. Desde el punto de vista de estos dos criterios entrelazados, el ILP. debe revisar sus nexos con la Komintern y también con todas las demás organizaciones y corrientes de la clase obrera. De esta revisión depende primordialmente el porvenir del I.L.P.

Septiembre de 1933

Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista

Existe un rasgo común en el desarrollo, o más exactamente en la degeneración de las organizaciones sindicales contemporáneas en el mundo entero: su acercamiento y su fusión con el poder estatal.

Esta característica es propia tanto de los sindicatos neutrales, como de los socialdemócratas, comunistas y anarquistas. Este hecho de por sí ya indica que la tendencia a fusionarse con el Estado no es inherente a una u otra ideología, sino que se deriva de las condiciones sociales comunes a todos los sindicatos.

El capitalismo monopolista no se basa en la competencia o en la iniciativa privada, sino en la

comunistas checos, que tras la escisión adoptaron posturas abiertamente reformistas.

24) Se podría objetar que todas estas consideraciones sólo tienen sentido si el P. C. tuviera una política correcta. Pero la objeción carece de fundamento.

La cuestión de las relaciones entre el Partido, que representa al proletariado tal como debería ser, y los sindicatos, que representan al proletariado tal como es, es la cuestión fundamental del marxismo revolucionario. Sería un error pretender revisar este problema con el único pretexto de que el P. C., por razones subjetivas y objetivas -de las que ya hemos hablado numerosas veces- desarrolla hoy una línea equivocada, tanto en lo relativo a los sindicatos como en todos los demás aspectos. A una política equivocada hay que oponer una política correcta. Para ello, la oposición de izquierda debe constituirse en fracción. Si se piensa que el P. C.F. es irrecuperable en su totalidad -cosa que no creemos-, habrá que construir otro partido para hacerle frente. Pero no por eso habrá que revisar la cuestión de la relación del partido con la clase. La oposición de izquierda considera que la influencia en el movimiento sindical, es decir, ayudarle a encontrar una orientación correcta, impregnarlo de consignas correctas, sólo puede pasar por el P. C. (o por una fracción del P. C. por el momento), que, además de sus restantes atribuciones, es el laboratorio ideológico central de la clase obrera.

25) La tarea del P. C., si ha sido correctamente comprendida, no consiste solamente en aumentar su influencia en los sindicatos tal como son ahora, sino en ganar, a través de los sindicatos, una influencia mayoritaria en la clase obrera. Esto sólo es posible si los métodos empleados por el partido en el sindicato corresponden a la naturaleza y a las tareas propias de este último. El combate por extender su

influencia, que desarrolla el partido en el sindicato, puede verificarse objetivamente por sus avances, y se valora en función del incremento del número de miembros y de la ampliación de su audiencia entre las masas. Si el partido apoya su influencia exclusivamente en el sindicato, al precio de una desmasificación de éste, de su transformación de hecho en una fracción, en simple instrumento auxiliar del partido con objetivos limitados, e impidiéndole convertirse en una organización de masas, sus relaciones con el partido y la clase están viciadas. No es necesario explayarse mucho sobre las causas de esta situación; lo hemos hecho más de una vez y lo repetimos todos los días.

Las oscilaciones de la política del comunismo oficial reflejan su tendencia aventurerista a querer apoderarse de la clase obrera inmediatamente, como por arte de magia, con golpes de efecto y una agitación superficial. Para salir de este atolladero no hay que oponer los sindicatos al partido, sino llevar un combate sin cuartel por cambiar la política del partido, por cambiar la política de los sindicatos.

26) La oposición de izquierda debe plantear los problemas del movimiento sindical en relación con el combate estrictamente político de la clase obrera. Debe elaborar un análisis concreto del estadio actual de desarrollo del movimiento obrero francés. Debe valorar, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, la actual ola de huelgas y sus perspectivas en relación con las expectativas del desarrollo económico francés. La oposición rechaza totalmente la posibilidad de que se establezca el capitalismo y la paz durante los próximos decenios. La oposición existe porque analiza el periodo como periodo revolucionario. Existe porque es necesario preparar rápidamente a la vanguardia proletaria para los bruscos cambios de coyuntura, que no sólo son probables, sino inevitables.

Esta vanguardia debe ser más firme e implacable en

cambiar una forma de aventurerismo político por otra aún más histérica. La teoría y la práctica del social-fascismo, el rechazo de la política de frente único, crean obstáculos insuperables al trabajo en los sindicatos, pues todo sindicato es, por definición, el lugar donde se realiza un frente único entre los revolucionarios, los reformistas y las masas sin partido. En la medida en que el partido comunista inglés ha resultado incapaz de extraer las lecciones de la tragedia alemana y de armarse en este terreno, toda alianza con él, incluso por parte del I.L.P¹⁵, que hace muy poco tiempo que ha iniciado su aprendizaje revolucionario, no puede llevar sino al fracaso y a la desaparición.

Los seudocomunistas no dejaron de referirse al último congreso de las Trade Unions, que declaró que no cabía pensar en un frente único con los comunistas contra el fascismo. Sería cometer una estupidez suprema querer convertir esta trivialidad burguesa en una verdad definitivamente establecida por la historia. La burocracia sindical puede permitirse el lujo de proclamar semejantes fórmulas grandilocuentes, pues no se ve directamente amenazada, ni por el fascismo ni por el comunismo. Cuando la maza del fascismo flota sobre la cabeza de los sindicatos y cuando existe un partido revolucionario que merece este nombre, si se aplica una línea política correcta, la masa de afiliados no duda ni un momento en aliarse con el ala revolucionaria, incluso en arrastrar con ella, por este camino, a una parte del mismo aparato. Si en cambio el comunismo se convierte en una fuerza decisiva que amenaza a los burócratas con todos sus privilegios, los señores Citrine¹⁶ y compañía no tendrán escrúpulos en hacer bloque con Mosley¹⁷ y compañía frente a los comunistas. En agosto de 1917, los menchevíques y socialistas revolucionarios lucharon junto a los bolchevíques para rechazar al general Kornilov¹⁸. Dos meses más tarde, en octubre, luchaban al lado de Kornilov contra los bolchevíques. En los primeros meses de 1917 -igual que

sus posiciones hasta mucho tiempo después de que las masas se hayan tornado contra ella. Pero esta, situación, en que las masas se oponen a una burocracia que todavía tiene fuerzas para sabotear las elecciones y presentarse como una representación obrera, favorece en gran medida el surgimiento de comités de empresa, de consejos obreros y otras organizaciones que respondan a las necesidades concretas del momento. En Rusia, donde los sindicatos no contaban en absoluto con las poderosas tradiciones de las Trade Unions británicas, la revolución de Octubre hizo con una mayoría menchevique en el aparato sindical. Pese a haber perdido a las masas, estas direcciones todavía podían sabotear las elecciones a los puestos de responsabilidad, aunque, eso sí, no tenían la mínima posibilidad de sabotear la revolución.

Es absolutamente necesario inculcar ahora a los trabajadores avanzados la idea de la creación de comités de fábrica y de consejos obreros, que en el momento decisivo deberá materializarse, pero sería criminal jugar con esta consigna poniéndola en práctica aquí o allá, en guisa de consuelo por la poca influencia que se tiene en los sindicatos. Oponer a los sindicatos existentes la idea abstracta de los consejos obreros sería acarrear la hostilidad no ya de las direcciones sindicales, sino también de las masas, y renunciar a toda posibilidad de preparar el terreno para la realización práctica, en su día, de estos consejos.

La Komintern ha acumulado muchas experiencias en este terreno. Enfrenta sistemáticamente los sindicatos que ha creado, es decir, los sindicatos comunistas, a las masas trabajadoras, con abierta hostilidad. Esto es caer en la más absoluta impotencia. Es una de las razones fundamentales de la derrota del partido comunista alemán. Es cierto que el partido comunista inglés, que yo sepa, se opone actualmente a la consigna de los consejos obreros. A simple vista, esto puede parecer una valoración razonable de la situación. Pero de hecho el partido comunista inglés no hace más que

su actuación frente a los discursos inflamados, pretendidamente "de izquierda", de la burocracia centrista, frente a la histeria política que se niega a tener en cuenta las condiciones concretas, que confunde el hoy con el ayer y el mañana. Y también debe ser más firme y resuelta en la lucha contra los elementos derechistas que se apropian de sus críticas y se amparan en ellas para introducir sus posiciones en el movimiento revolucionario.

27) ¿Una nueva delimitación de nuestro espacio político? ¿Nuevas polémicas? ¿Nuevas escisiones? Así se lamentan las almas bondadosas, que están cansadas, que quisieran convertir a la oposición en un retiro apacible donde poder descansar, alejadas de las grandes tareas, aunque conservando la reputación de revolucionario "de izquierda". A estos les decimos: no. Vuestro rumbo no es el nuestro. Del mismo modo que la verdad no ha sido nunca la suma de pequeños errores, una organización revolucionaria tampoco ha sido jamás un conglomerado de pequeños grupos conservadores que buscan febrilmente lo que los separa. Hay épocas en que la tendencia revolucionaria queda reducida a una pequeña minoría en el movimiento obrero. Pero esta situación no comporta que haya que concluir acuerdos con estos pequeños grupos; al contrario, exigen un combate implacable tras una perspectiva correcta, una educación en el espíritu del marxismo verdadero. Este es el único camino de la victoria.

28) Puesto que esta discusión implica personalmente al autor de estas líneas, debe admitir que la idea que se hacía del grupo Monatte en la época en que fue deportado de la Unión Soviética era demasiado optimista y, por tanto, falsa. El autor no ha tenido la posibilidad de seguir las actividades de este grupo durante varios años. Lo juzgaba a la luz de viejos recuerdos. En realidad, las divergencias no sólo son mucho más amplias, sino también mucho más fundamentales

de lo que podía suponer. Los acontecimientos de estos últimos tiempos han demostrado a todas luces que sin un deslinde ideológico preciso con respecto al sindicalismo, la oposición comunista en Francia no avanzará ni un paso. Lo que se propone aquí es un primer intento de lograr esta delimitación; prelude de un combate victorioso contra la palabrería revolucionaria y la naturaleza oportunista de los Cachin², Monmousseau³ y compañía

14 de octubre de 1929

El partido, los sindicatos y el problema de la unidad obrera

El problema de la unidad de las organizaciones obreras no tiene una solución universal, aplicable a todos los tipos de organización y a todas las situaciones.

La respuesta más clara a este problema es la que afecta al Partido. Su completa independencia es la condición básica para la acción revolucionaria. Pero ni siquiera este principio aporta por adelantado una respuesta acabada a las siguientes preguntas: ¿cuándo y en qué condiciones hay que separarse o, en el caso contrario, unirse con una corriente política próxima? Estos problemas se resuelven siempre sobre la base de un análisis concreto de las circunstancias y perspectivas políticas. En cualquier caso, debe prevalecer, ante todo, el criterio de que la vanguardia del proletariado organizado, el Partido, debe conservar su plena independencia y autotomía, basadas en un programa de acción concreto.

Los ultraizquierdistas impacientes dicen a menudo que es absolutamente imposible ganar a los sindicatos para nuestra causa, porque la burocracia utiliza siempre el aparato para poner a salvo sus intereses particulares recurriendo a las maquinaciones sucias y a la represión, y no siente ningún escrúpulo ante ninguna vileza, igual que la oligarquía parlamentaria en la época de los “burgos podridos”. ¿De qué sirve, dicen, perder el tiempo y gastar las fuerzas en esta empresa? Si se resume bien el argumento, veremos que se reduce a dar un pretexto -la corrupción de las direcciones sindicales- para justificar que no hay que luchar en el seno de las masas. Por este camino se puede ir aún más lejos: ¿por qué no abandonar también el trabajo revolucionario, so pretexto de las provocaciones y de la represión del Gobierno? No existe ninguna diferencia fundamental entre estos dos argumentos, pues en definitiva la burocracia sindical forma parte del aparato estatal, tanto a nivel económico como político. Sería absurdo pensar que la burocracia favorece su propia destrucción, o simplemente que no se opone a ella. Y dado que se defiende

con la persecución, con la violencia, con la expulsión, apelando muchas veces al poder estatal a que intervenga, nosotros debemos aprender a trabajar *clandestinamente* en los sindicatos, a encontrar un idioma común con las masas sin descubrirnos ante la burocracia. Precisamente en la época actual, en que la burocracia reformista se ha transformado en una agencia económica del capital, el trabajo revolucionario en los sindicatos puede obtener resultados decisivos en relativamente poco tiempo, si se realiza con inteligencia y de forma sistemática.

Esto no quiere decir que esté asegurado que el partido revolucionario pueda ganar a los sindicatos para la revolución socialista. El problema no es tan sencillo, ni mucho menos. El aparato sindical se ha independizado enormemente de las masas. Por consiguiente, la burocracia es capaz de conservar

que agrupaban a millones de trabajadores, sus propios sindicatos, obedeciendo ciegamente a las órdenes de la dirección de la Komintern, pero separados de la clase obrera como por un abismo; era el mejor regalo que podía hacerse a la burocracia sindical. Si ésta hubiera tenido la posibilidad de condecorar a alguien con la orden de la charretera, tendría que haber otorgado esta distinción a los dirigentes de la Komintern y la Profintern¹⁴. Como hemos visto, los sindicatos no desempeñan actualmente un papel progresivo, sino reaccionario, pero todavía engloban a millones de trabajadores. De esta constatación no debemos deducir que los obreros son ciegos, que no perciben el cambio del papel histórico de los sindicatos. Pero ¿qué otra cosa podrían hacer? A sus ojos, la vía revolucionaria ha quedado comprometida por los vaivenes y las aventuras del comunismo oficial. Los trabajadores piensan: “Está bien, los sindicatos son nefastos, pero sin ellos las cosas podrían empeorar”. Así razona el que está en un callejón sin salida. Mientras, la burocracia sindical persigue a los obreros revolucionarios, cada vez con más descaro, liquida la democracia interna por voluntad de una camarilla y en el fondo transforma los sindicatos en un campo de concentración para trabajadores, en plena época de decadencia capitalista.

En estas condiciones cabe preguntarse si no es posible pasar por encima de los sindicatos, si no posible sustituirlos por otro tipo de organizaciones, como, por ejemplo, los sindicatos revolucionarios, los comités de empresa, los soviets u otros organismos de esta clase. Los partidarios de esta opción cometen el error fundamental de confundir estas experiencias organizativas con la solución del gran problema político, a saber: ¿cómo liberar a las masas de la influencia de la burocracia sindical? De nada sirve ofrecerles a las masas una nueva organización autoproclamada. Es necesario ir a buscar a las masas allí donde se encuentran, para conducir las a otra parte.

Pero precisamente este tipo de respuesta al problema en relación con el Partido, no sólo permite, sino que exige, generalmente, una actitud muy distinta cuando se trata de la unidad de las demás organizaciones de masa de la clase obrera: sindicatos, cooperativas, soviets.

Cada una de estas organizaciones tiene sus objetivos y métodos de trabajo particulares y, dentro de ciertos límites, independientes. Para el partido comunista, todas estas organizaciones son, en primer lugar, el terreno de la educación revolucionaria de amplios sectores obreros y de reclutamiento de los obreros avanzados. Cuanto más amplios sean los sectores de masa integrados en la organización respectiva, tanto mayores serán las posibilidades que ofrece a la vanguardia revolucionaria. Esta es la razón por la cual en general no es el ala comunista, sino el ala reformista quien toma la iniciativa de dividir a las organizaciones de masas.

Basta con comparar la conducta de los bolcheviques en 1917, con la de los sindicatos británicos en los últimos años. Los bolcheviques no sólo permanecían en los sindicatos unitarios, sino que en algunos casos toleraban una dirección menchevique, incluso después de la revolución de octubre, a pesar de que los bolcheviques tuvieran una mayoría aplastante en los soviets. En cambio, los sindicatos británicos, instigados por los laboristas, expulsan a los comunistas, no sólo del partido, sino también, cuando les es posible, de los sindicatos.

En Francia, la escisión fue asimismo fruto de la iniciativa de los reformistas, y no es casualidad que la organización sindical revolucionaria, forzada a llevar una existencia independiente, haya tomado el nombre de unitaria.

¿Exigimos actualmente que los comunistas abandonen la C. G. T.? En modo alguno. Al contrario: hay que reforzar el ala revolucionaria de la Confederación de Jouhaux⁴. De este modo probamos que la escisión de la organización sindical no es en ningún caso una cuestión de

principio para nosotros. Todas las objeciones de principio ultraizquierdistas que pueden formularse contra la unidad sindical se esgrimen ante todo frente a la integración de los comunistas en los sindicatos reformistas, que es una de suma importancia. Una de las misiones de estas fracciones debe consistir en defender a la C.G. T. U⁵. ante los miembros de los sindicatos reformistas. Esto sólo es posible si se demuestra que los comunistas no desean la escisión sindical, sino al contrario, están dispuestos a restablecer la unidad sindical en cualquier momento.

Si admitimos por un momento que la escisión sindical se deriva del deber de los comunistas de oponer una política revolucionaria a la de los reformistas, entonces no podemos aplicar esta conclusión tan sólo a Francia; hay que exigir que los comunistas rompan con los sindicatos reformistas, cualquiera que sea la relación de fuerzas, y constituyan sus propios sindicatos también en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, etc. En algunos países, los partidos comunistas han emprendido efectivamente esta vía. En ciertos casos, los reformistas no les han dejado otra alternativa. En otros; los comunistas han cometido un flagrante error al caer en la trampa de la provocación reformista. Pero hasta ahora los comunistas no han motivado en parte alguna la escisión sindical en la negativa de principio a trabajar con los reformistas en las organizaciones obreras de masas.

Pasando por alto la organización cooperativa, cuyo ejemplo no añadirá nada esencial a lo que ya se ha dicho, nos detendremos en la experiencia de los *soviets*. Esta organización surge en uno de los países más revolucionarios de la historia, cuando todos los problemas se agudizaban al máximo. ¿Podemos imaginarnos, aunque sólo sea por un instante, la creación de *soviets* socialdemócratas? Esto sería negar la idea misma de los *soviets*. A comienzos de 1917, los bolcheviques permanecieron en los *soviets*, siendo una

cultural de la clase obrera, de ampliar sus derechos políticos. Esta fue la obra que realizaron los sindicatos, durante un siglo, en Inglaterra; esto fue lo que les confirió una autoridad extraordinaria entre los trabajadores. El declive del capitalismo inglés, en el contexto de declive del capitalismo internacional, es la razón objetiva que determinó la evolución reformista de los sindicatos. El capitalismo sólo podía sobrevivir si rebajaba considerablemente el nivel de vida de la clase obrera. En esta situación, los sindicatos tenían que optar: o bien se transformaban en organizaciones revolucionarias, o bien se convertían en agentes del capitalismo encargados de hacer posible la intensificación de la explotación de los trabajadores. La burocracia sindical, que había resuelto satisfactoriamente sus propios problemas sociales, optó por la segunda vía. Con todo el prestigio acumulado por los sindicatos hizo una barrera contra la revolución socialista, contra todo intento de los trabajadores de resistirse a los ataques del capital y de la reacción.

Esto hizo que la primera tarea de un partido revolucionario pasara a ser la liberación de los trabajadores de la influencia reaccionaria de la burocracia sindical. En este aspecto decisivo, la Komintern demostró su total incapacidad. En los años 26-27, y especialmente durante la huelga de los mineros y la huelga general, en el mismo momento en que el Consejo General de los sindicatos urdía su criminal traición, la Komintern se arrastró servilmente ante los cabecillas rompehuelgas, los cubrió con su prestigio ante los trabajadores y, en definitiva, les salvó la jugada. Fue un golpe fatal para la minoría revolucionaria¹². Asustada por los resultados de su propia actividad, la burocracia de la Komintern cayó en el ultraizquierdismo. Los excesos desastrosos del “tercer período”¹³ se derivan del deseo de una pequeña minoría de comunistas de comportarse como si tuvieran detrás a la mayoría. Aislándose cada vez más de la clase obrera, el Partido Comunista opuso a las Trade Unions,

cumplida.

Abril de 1931

Los sindicatos ingleses

La cuestión sindical es el problema central de una política obrera en Gran Bretaña, como en la mayoría de los viejos países capitalistas. En este terreno, los errores de la Komintern¹ son innumerables. No es de extrañar: la incapacidad de un partido para establecer relaciones correctas con la clase aparece siempre con claridad meridiana en el terreno sindical. Por esta razón considero necesario insistir en el tema.

Los sindicatos surgieron en la época de expansión del capitalismo. Se dieron la tarea de elevar el nivel material y

minoría insignificante. Durante meses -en un período en que los meses valían por años, si no por decenios-, admitieron que en los comités de fábrica sólo representaban a una parte de la clase obrera. Solamente cuando los mencheviques quedaron definitivamente desenmascarados y aislados, convirtiéndose en una camarilla, los soviets los expulsaron de su seno.

En España, donde ya en un futuro próximo podría plantearse prácticamente la consigna de los soviets, e incluso la creación de esos soviets (juntas) - si los comunistas toman la iniciativa con energía y coraje-esto sólo es concebible a través de un acuerdo organizativo táctico con los sindicatos y los socialistas en torno a las modalidades y plazos de elección de los diputados obreros. Avanzar en estas condiciones la idea de que es inadmisibile el trabajo con los reformistas en las organizaciones de masa, constituiría una de las formas más nefastas de sectarismo.

¿Cómo conciliar entonces esta actitud nuestra hacia las organizaciones proletarias dirigidas por los reformistas. con nuestra apreciación del reformismo como el ala izquierda de la burguesía imperialista? Esta contradicción no es formal, sino dialéctica. es decir, se deriva del propio desarrollo de la lucha de clases. Una parte considerable de la clase obrera (la mayoría en una serie de países) rechaza nuestra apreciación del reformismo; en otros países ni siquiera se ha planteado esta cuestión. Todo el problema reside precisamente en ayudar a estas masas a extraer conclusiones revolucionarias sobre la base de nuestra experiencia común con ellas. Decimos a los obreros no comunistas v anticomunistas: “Seguís confiando en los dirigentes reformistas, que para nosotros son unos traidores. No podemos ni queremos imponeros nuestra opinión por la fuerza. Queremos convencerlos. Intentemos, pues, luchar juntos y examinar las formas y los resultados de estas luchas”. Esto significa: completa libertad de reagruparse en el seno de los sindicatos unificados, donde la disciplina sindical se aplica a todos.

No es posible proponer otra postura de principio.

* * *

las artimañas a que van a recurrir, los comunistas saldrán beneficiados de esta campaña, incluso si por esta mera vez se reduce a una simple demostración.

Durante este espacio de tiempo no se abandona ni por un minuto la lucha por el frente único. Los comunistas continúan a tacando a los reformistas, tanto en provincias como en el centro, apoyándose en la actividad creciente de los obreros, reiterando todas las propuestas de acción combativa sobre la base de la política de frente único, desenmascarando a los reformistas, reforzando sus propias filas, etc. Y puede suceder muy bien que al cabo de seis meses, un año o dos años, los comunistas deban renovar la propuesta de fusión de las confederaciones sindicales colocando de este modo a los reformistas en una situación mucho más embarazosa que la primera vez.

La verdadera política bolchevique debe revestir , precisamente este carácter simultáneo de ofensiva, audacia y capacidad de maniobra. Esta es la única manera de sacar al movimiento del estancamiento, depurarlo de formaciones parásitas y de acelerar la evolución de la clase obrera hacia la revolución.

La orientación propuesta en este texto no tiene sentido ni puede dar fruto si la iniciativa no proviene de la C. G.T.U. y del Partido Comunista. No es tarea de la Liga avanzar por su propia cuenta la consigna del congreso de unidad, oponiéndose a la federación reformista. La tarea de la Liga consiste en empujar al partido oficial y a la C.G.T.U. por la vía de una política audaz de frente único, de incitarlos -sobre la base de esta política- a realizar, en el momento, oportuno -en el futuro habrá muchos de estos momentos-una ofensiva decidida en pro de la fusión de las organizaciones sindicales.

Para cumplir su tarea con respecto al partido, la Liga debe alinear ante todo sus propias filas en el movimiento sindical. Es una tarea impostergable. Debe cumplirse y será

burguesía? ¿Y qué entienden exactamente los propios recaderos, todos esos Monatte, Ziromski¹⁰ y Dumoulin, por “lucha de clases”? No. Nosotros estamos dispuestos en todo momento a entrar en el terreno de la unidad sindical, pero no para “corregir” (mediante fórmulas de charlatán) a los mercenarios del capital, sino para arrancar a los obreros de la influencia de los traidores. Las únicas condiciones que exigimos se refieren a las garantías organizativas de la democracia sindical, en primer lugar la libertad de crítica a la minoría, con la condición, naturalmente, de que se someta a la disciplina sindical. No pedimos nada más, y por parte nuestra tampoco prometemos nada más.

Imaginemos que el partido sigue nuestro consejo, aunque no de inmediato. ¿Cómo debería proceder el comité central? En primer lugar debería preparar minuciosamente el plan de la campaña en el interior del partido, analizarlo en todas las fracciones locales, adaptarlo a las circunstancias de cada sindicato local, para que la consigna de unidad pueda plantearse efectivamente por arriba y por abajo al mismo tiempo. Solamente después de una preparación y elaboración minuciosas, después de eliminadas todas las dudas y todos los malentendidos en las propias filas, la dirección de la confederación a unitaria se dirige a la dirección de la confederación reformista con propuestas concretas: crear una comisión paritaria para preparar, en un plazo de dos meses, por ejemplo, el congreso sindical de unificación, abierto a todas las organizaciones sindicales del país. Al mismo tiempo, las organizaciones sindicales unitarias se dirigen a las organizaciones locales reformistas con la misma propuesta, formulada con precisión y de forma concreta.

El P.C. desarrolla una amplia agitación en todo el país, afirmando y explicando durante cierto tiempo, a través de esta simple idea, que los comunistas proponen materializar inmediatamente la unidad organizativa de las confederaciones sindicales. Cualquiera que sea la actitud de los reformistas,

La Comisión Ejecutiva de la Liga sitúa actualmente, con razón, la cuestión del frente único en un primer plano. Esta es la manera de impedir que los reformistas, y sobre todo su representante de izquierda, los monattistas, opongan la consigna de la unidad a las tareas prácticas de la lucha de clases. Vassart, para contrarrestar la esterilidad de la línea oficial, ha avanzado la idea del frente único con las organizaciones sindicales locales. Este enfoque de la cuestión se basa en el hecho real de que durante las huelgas locales las relaciones se establecen sobre todo con los sindicatos locales y con distintas federaciones. También es verdad que los eslabones inferiores del aparato reformista son más sensibles a las presiones de los obreros. Pero sería un error establecer cualquier diferencia de principio entre los acuerdos con los oportunistas locales y los acuerdos con sus jefes. Todo depende de las circunstancias del momento, de la fuerza de la presión de masas y de la naturaleza de las tareas que figuran en el orden del día.

Se sobreentiende que no planteamos en modo alguno el acuerdo con los reformistas, tanto a nivel local como central, como condición indispensable y previa de la lucha en cada caso particular. No nos orientamos en función de los reformistas, sino según las circunstancias objetivas y el estado de ánimo de las masas. En cuanto al carácter de las reivindicaciones mínimas procedemos de la misma manera. Las masas obreras no entablarán la lucha en nombre de unas reivindicaciones que se les antojen fantásticas. Pero, por otro lado, si las reivindicaciones son demasiado limitadas, los obreros pueden pensar: “¿Para eso? No vale la pena”.

No se trata de proponer cada vez formalmente el frente único a los reformistas, sino de imponérselo en las condiciones que mejor respondan a la situación. Todo ello exige una estrategia activa y muchas maniobras. De todos modos, no cabe la duda de que es principal y exclusivamente de esta manera como la C. G. T. U. puede limar hasta cierto

punto las consecuencias de la escisión de las masas entre dos organizaciones sindicales, hacer recaer la responsabilidad de la escisión sobre los verdaderos instigadores y avanzar sus propias posiciones combativas.

La peculiaridad de la situación en Francia reside en el hecho de que desde hace algunos años existen dos organizaciones sindicales separadas. En el transcurso del reflujo que ha conocido el movimiento durante los últimos años, los obreros se han habituado a la escisión, muchas veces simplemente la han olvidado. Sin embargo, cabía prever que la reanimación en las filas de la clase obrera no dejaría de suscitar la consigna de la unidad sindical. Teniendo en cuenta que más de nueve décimas partes del proletariado francés se encuentran fuera de los sindicatos, es evidente que a medida que se acentúe el relanzamiento, aumentará la presión de los desorganizados. La consigna de la unidad no es más que o de los primeros frutos de esta presión. Con una política adecuada, esta presión sólo puede favorecer al P.C. y a la C.G.T.U.

Si para el futuro inmediato el aspecto primordial la estrategia sindical de los comunistas franceses consistir en una política activa de frente único, sería un craso error oponer la política de frente ~ a la unidad sindical.

No cabe la menor duda que la unidad de la clase obrera sólo podrá materializarse sobre una base revolucionaria. La política de frente único es uno de medios para liberar a los obreros de la influencia reformista y conduce, en definitiva, a la verdadera unidad de la clase obrera. Debemos explicar y otra vez esta verdad marxista a los obreros avanzados. Pero una perspectiva histórica, incluso la más correcta, no puede sustituir la experiencia de las masas. El partido es la vanguardia, pero en su intervención, sobre todo sindical, debe poder asomarse a la retaguardia. Ha de demostrar a los obreros una, dos, incluso diez veces si hace falta, que está dispuesto a ayudarlos en cualquier

son estas maniobras las que educan a las masas obreras.

* * *

La Comisión Ejecutiva de la Liga, repetimos, tiene la razón cuando insiste en que no puede aplazarse la unidad de acción hasta que se hayan unificado las organizaciones sindicales. Igual que en períodos anteriores, esta idea debe ser desarrollada, explicada y aplicada en la práctica. Pero esto no excluye la necesidad de plantear con audacia, en el momento oportuno, cuidadosamente seleccionado, la cuestión de la fusión de las confederaciones (o incluso de federaciones particulares).

El problema estriba en saber si la dirección comunista es capaz en estos momentos de llevar a cabo semejante maniobra. El futuro lo demostrará. Pero si el partido y la dirección de la C.G.T.U. hacen caso omiso de los consejos de la Liga -lo cual es más probable-, puede suceder que en el día de mañana se vean forzados a asumirlos. No hace falta añadir que nosotros no fetichizamos la unidad sindical. No aplazamos ninguna iniciativa de lucha hasta haber logrado la unidad. No se trata para nosotros de una panacea, sino de una lección práctica, concreta y muy importante, que hay que enseñar a obreros que han olvidado o que ignoran el pasado.

Para la participación en el congreso de unidad no planteamos, por supuesto, ninguna condición *sine qua non*.

Cuando los recaderos de la unidad, que no se avergüenzan de su fraseología barata, afirman que la federación unificada debe basarse en el principio de la lucha de clases, etc., no practican otra en interés de los oportunistas, que el equilibrismo verbal. ¿Qué persona sería puede pedirle a Johaux y Cía que, en aras de la unidad con los comunistas, emprendan la vía de la lucha de clases, a la que estos señores han renunciado conscientemente nombre de la unidad con la

impostergables. La consigna del congreso de unidad puede contribuir mucho al cumplimiento de esta tarea. Cuando los monattistas hablan de unidad, dirigen esta consigna contra los comunistas; cuando la C.G.T.U. proponga a su vez un camino hacia la unidad, asestará un golpe mortal a los monattistas y debilitará a los reformistas. ¿Realmente no está claro?

Es cierto que sabemos de antemano que debido a la resistencia de los reformistas, la consigna de la unidad no dará actualmente los frutos que podrían haberse obtenido en caso de una autentica unificación de las organizaciones sindicales. Pero no cabe duda que se lograrán buenos resultados, aunque más limitados, si la política de los comunistas es correcta. Las amplias masas obreras verán en la práctica quién está a favor de la unidad, quién está en contra, y se convencerán de que no se tiene ninguna necesidad del servicio de recaderos. Es indudable que finalmente los monattistas quedarán anulados, la C.G.T.U. se sentirá reforzada y la C.G.T. debilitada e inestable.

Pero si de eso se trata, ¿se reduce todo, entonces, no ya a la realización de una unidad efectiva, sino simplemente a una maniobra? Esta objeción no nos ta. Esta es la consideración que les merece toda nuestra política de frente único particularmente a los reformistas: declaran que nuestras propuestas constituyen una maniobra, únicamente porque ellos mismos no quieren luchar.

Sería completamente erróneo querer establecer alguna diferencia importante entre la política de frente único y la lucha por la fusión de las organizaciones sindicales. Siempre que los comunistas conserven la plena independencia de su partido, de su fracción en los sindicatos y de toda su política, la fusión de las confederaciones no es más que una forma concreta de la política de frente único, sólo que más profunda y más amplia. Al rechazar nuestra propuesta, los reformistas la convierten en una “maniobra”. Pero para nosotros es una maniobra legítima e indispensable;

momento a reconstruir la unidad de la organización sindical. En este terreno permanecemos fieles a los principios esenciales de la estrategia marxista: la combinación de la lucha por las reformas con la lucha por la revolución.

¿Qué actitud mantienen actualmente las confederaciones sindicales con respecto a la unidad? A amplios sectores obreros deben parecerles idénticas. De hecho, los círculos dirigentes de ambas organizaciones han declarado que la unificación sólo es concebible “por abajo”, sobre la base de los principios de la organización respectiva. Cubriéndose con la consigna de la unidad por abajo, retomada de la C. G. T. U., la confederación reformista aprovecha el hecho de que la clase obrera ha olvidado y la joven generación ignora que la escisión fue obra de Jouhaux, Dumoulin⁶ y Cía. Al mismo tiempo los Monattistas llevan el agua al molino de Jouhaux cuando sustituyen las tareas de lucha del movimiento obrero por la única consigna de la unidad sindical. En su calidad de honestos recaderos centran todos sus esfuerzos en la C. G. T. U., con objeto de arrebatarle el mayor número posible de sindicatos y a los grupos en que influyen, e iniciar acto seguido negociaciones en pie de igualdad con la confederación reformista.

A tenor de lo que yo puedo deducir aquí, según los documentos que poseo, Vassart ha propuesto que los propios comunistas avancen la consigna de congreso de unificación de ambas confederaciones sindicales. Esta propuesta fue categóricamente rechazada, y su autor acusado de haberse pasado al bando de Monatte. A falta de datos no puedo pronunciarme a fondo en esta discusión. Pero pienso que los comunistas franceses no tienen ninguna razón para renunciar a la consigna de un congreso de fusión. Todo lo contrario.

Los monattistas dicen: “*Unos y otros son escisionistas. Sólo nosotros estamos a favor de la unidad. Obreros, apoyadnos.*” Los reformistas contestan: “*nosotros estamos a favor de la unidad por abajo*”, es decir,

“nosotros” admitimos generosamente a los obreros en nuestra organización. ¿Qué debe decir sobre este problema la confederación revolucionaria? *“No en vano nos llamamos confederación unitaria. Estamos dispuestos a realizar la unidad de la organización sindical, hoy mismo. Pero para ello los obreros no tienen necesidad de ningún recadero sospechoso que no tiene detrás a ninguna organización sindical y que se nutre de la escisión como el gusano de la llaga purulenta. Proponemos que se prepare y se convoque en un plazo determinado un congreso de fusión sobre la base de la democracia sindical.”*

Este modo de plantear la cuestión habría parado los pies inmediatamente a los monattistas, que constituyen un grupo políticamente estéril, pero que pueden crear mucha confusión en las filas obreras. Pero, ¿no resaltará demasiado cara esta liquidación del grupo de recaderos? Se objetará que en caso de que los reformistas acepten un congreso de unidad, los comunistas quedarían en minoría v la C. G. T. U. cedería el sitio a la C. G. T.

Semejante raciocinio sólo puede resultar convincente para un burócrata sindical de izquierdas que lucha por su “independencia” y pierde de vista las perspectivas y tareas del conjunto del movimiento. La unidad de ambas organizaciones sindicales, incluso con el ala revolucionaria provisionalmente en minoría, favorecería al cabo de poco tiempo precisamente al comunismo, y solamente al comunismo. La unidad de la Confederación provocaría inmediatamente una gran afluencia de nuevos afiliados. Gracias a ello la influencia de la crisis se reflejaría en el seno de los sindicatos de una forma más profunda y decisiva para la conquista de la confederación unificada. Sólo los sectarios o los burócratas, que no los revolucionarios proletarios, pueden preferir una mayoría asegurada en una organización sindical pequeña y aislada a un trabajo de oposición en una amplia y auténtica organización de masas.

Para un marxista que reflexiona es absolutamente evidente que una de las razones que han contribuido a los monstruosos errores de la dirección de la C.G.T.U., se derivaron del hecho de que gente como Monmousseau, Semard⁷ y otros, sin preparación teórica ni experiencia revolucionaria, aparecieron de pronto como los “dueños” de una organización independiente y tuvieron por consiguiente la posibilidad de experimentar con ella bajo las órdenes de Losovsky⁸, Manuilsky⁹ y cía. No cabe la menor duda que si los reformistas no hubieran logrado en su día escindir la confederación, Monmousseau y cía. tendrían que contar con masas más amplias. Este hecho de por sí ya habría contenido su aventurismo burocrático. De ahí, que las ventajas de la unidad habrían sido actualmente infinitamente superiores a las desventajas. Si el ala revolucionaria hubiera permanecido en minoría, durante dos o tres años, en el seno de la confederación unificada, que englobaría alrededor de un millón de obreros, estos dos años habrían sido incontestablemente más fructíferos en cuanto a la educación, no sólo de los sindicalistas comunistas, sino de todo el partido en su conjunto, que cinco zig-zags “independientes” en una C.G.T.U. que se debilita cada vez más.

No, no somos nosotros quienes debemos temer la unidad sindical, sino los reformistas. Si aceptan un congreso de unidad -no de palabra, sino en los hechos-, ello crearía la posibilidad de sacar al movimiento obrero francés del atolladero. Pero es precisamente por esta razón que los reformistas no lo aceptarían.

La crisis origina enormes dificultades a los reformistas, ante todo en el terreno sindical. De ahí que tengan tanta necesidad de cubrirse por el flanco izquierdo; y son los recaderos de la unidad quienes les ofrecen la cobertura. Desenmascarar la actividad escisionista de los reformistas y el parasitismo de los monattistas, constituye actualmente una de las tareas más importantes e